



Los caminos al campo

Antonio se conocía todos los caminos. Entonces el campo se encontraba al final de tu calle. No existían los polígonos industriales ni las autovías envolventes. Dabas unos pasos, y por la Calzada, por las rondas o camino de la Estación te encontrabas con el campo. Podías comer espigas si subías al Valle, y coger garbanzos verdes junto al Cascajar. El poeta se sabía todos los caminos del campo, y nos llevaba de la mano.

Cada día se planteaba un camino distinto, o nos consultaba: “Hoy, ¿por dónde vamos?” Y cada camino era una aventura: “En este cortijo dicen que hay fantasmas”, “Por aquí llegaríamos al Pilar de la Dehesa”, “Hoy llevamos merienda, porque vamos al Puente de Hierro”, “Ha aterrizado un avión en Las Palomas. Vamos a verlo”. Sabía adornar cada paseo con observaciones interesantes, y como había tantos caminos, cada paseo parecía nuevo.

Sería difícil enumerarlos todos: El de los Barreros, el de la huerta Zamora, la vía del tren, la Torca, el de las Fontanillas y después a la Serrezuela, el camino del Picaor, el que sale del Puente de Córdoba y atraviesa la vía, la subida al cerro Hacho... Recuerdo que por donde ahora está situada la calle Antonio Roldán existía una senda que unía el Paseo de Rojas con el Puente de Córdoba. Cuando la inauguraron, recordé los paseos por ese camino.

Los había que eran pequeñas sendas, en las que había que apartarse para dar paso a las bestias, compartir el saludo de “Dios guarde a ustedes” pronunciado como “diosguardastés”, y esperar el paso cansino de los mulos. Incluso algunos no eran verdaderos caminos, pues estaban formados por lindes y vallados, siguiendo huellas de fina tierra que delataban pasos antiguos. Recuerdo haber ido mucho desde los Barreros hasta la carretera de Rute por este tipo de rutas. Eran las preferidas del poeta, porque en ellas estaba siempre rodeado por su campo.

También los había carreteros, o pistas de tierra. En ellos se caminaba mejor, e incluso, además de carros, te podías encontrar con algún coche que pasaba lento y

cuidadoso. Y con las motos. Había motos por todos los caminos, y aparcadas bajo los olivos. Pasaban junto a nosotros con un traqueteo inquietante, llenas de barro, conducidas bravamente por esforzados trabajadores del campo. En el de la Serrezuela aprendí a conducir una Vespa, con la consiguiente costalada del novato.

Junto a Lucena escaseaban las veredas de ganado, pero sí las había en su término municipal. Yo recuerdo la que iba a Monturque, y quizás quien lea estos comentarios recuerde alguna otra y nos lo podría contar. Estos caminos eran anchos, y estaban rodeados de juncos. No pasaban ya ovejas por ellos, y daban un poco de tristeza, pero su aspecto era señorial, de pasado glorioso.

Y por último, las carreteras. En ellas aprendí a circular como peatón, y a saber convivir con los camiones y las recuas, a contar los números de los postes telegráficos y soñar con viajes improbables. Para los niños la más interesante era la de Córdoba y su ramal a la Estación. Tenía un viaducto, que era una maravillosa obra pública. Daba mucha impresión recibir desde él el humo del correo de las cinco cuando pasaba debajo, y era término frecuente de paseos domingueros, en los que se oían los partidos de fútbol en los primeros transistores.

Las carreteras eran siempre el paso previo a lo más interesante, cuando se abandonaban y nos adentrábamos en los olivares. No sé si los niños de ahora disfrutarán tirando aceitunas con una vareta, o descubriendo el primer nazareno de la primavera entre terrones. Tienen otros entretenimientos. Pero para nosotros todo era nuevo y sorprendente.

Antonio se conocía todos los caminos. Su figura sería reconocida en muchos de ellos, por su estatura infrecuente en nuestra tierra, y por la pasión por el campo que transmitía a quienes encontraba. Sé que ahora escasean las personas dedicadas exclusivamente al campo, las que atesoran conocimientos antiguos. ¿Estaremos perdiendo algo valioso? Esperemos que no se nos haya escapado la sabiduría por los caminos que dejaron de existir.